

1º de Mayo → 2007



**DON ABUNDIO GARCÍA ROMÁN:
UNA SEMBLANZA**

Abundio García Román nació en Jaraicejo, provincia de Cáceres, pueblo cercano a Trujillo, el día 14 de diciembre de 1906, hijo de labradores. Su padre Gregorio García Rebollo, cultivaba sus propias tierras, a veces ayudado por algún jornalero, es decir, era Gregorio un labrador, que vivía con un relativo desahogo económico. Tanto él como su esposa Clodoalda Román Soletto, eran de hondas raíces extremeñas, de sólidos fundamentos religiosos y profundamente cristianos.

Su padre Gregorio fue un hombre excepcionalmente íntegro y honrado que, siendo Juez de Paz en Jaraicejo, se negó a firmar una sentencia injusta, lo que motivó que en 1912, emigrara a Madrid con su familia, como muchos extremeños de esa época difícil. Gregorio y Clodoalda encontraron trabajo como demandaderos en el Convento de las Madres Carmelitas Descalzas, en la calle Ponzano del distrito de Chamberí en la zona norte de la capital.

Esta dura emigración del pueblo a la capital tuvo que marcar al niño Abundio de seis años, pero poco a poco, fue asimilando las costumbres y el deje distinto de Madrid, aunque durante toda su vida utilizara expresiones propias de los extremeños.

Cursó estudios con excelentes calificaciones en el Instituto Cardenal Cisneros y en el Colegio Maravillas de los Hermanos de la Doctrina Cristiana. A los diez años expresó su deseo de ser sacerdote, vocación clara y contundente para él, y en 1918 entró en el Seminario Diocesano de Madrid, inicialmente como alumno externo y un año después, gracias a sus brillantes notas, alcanzó una beca y realiza como interno todos los cursos siguientes.

Durante sus años de estudios eclesiásticos, el seminarista extremeño, que se iba transformando en excepcional "literato", fue testigo de la dura realidad que sufría su país: pobreza y huelgas, una "burguesía satisfecha", el desastre de Marruecos,

nacimiento del Partido Comunista, crecimiento del movimiento anarquista, golpe de estado del general Primo de Rivera, revueltas estudiantiles, dimisión de catedráticos y cierre de las universidades de Madrid y Barcelona.

Con gran fuerza de voluntad y fidelidad a su vocación sacerdotal y a la Iglesia, el joven seminarista observaba lo que pasaba a su alrededor, y, tal vez por su propia experiencia de emigrante de familia modesta y de padres trabajadores, pudo identificarse más fácilmente con el desconcierto de la gran masa de los marginados dentro de la sociedad española.

Al centro de este complejo panorama, el momento clave de su vida fue para él su ordenación sacerdotal el Día del Corpus, el 14 de junio de 1930. El año de tan esperada ordenación, comienzo de un nuevo capítulo de su vida, 1930 coincidió también con la dimisión de Primo de Rivera y fue justo antes de la proclamación de la primera República.

En este movido contexto histórico y personal, el recién ordenado recibió un excepcional primer destino de su Patriarca Obispo, don Leopoldo Eijo y Garay: capellán para el Presidente de Acción Católica, el entonces Conde de Rodríguez San Pedro, y después muy exitoso director de un colegio en el conflictivo Entrevías, una de las obras sociales promovidas por el mismo Conde. Esta experiencia clave la describe el mismo don Abundio en la homilía de la Eucaristía para la celebración en 1980 de sus Bodas de oros sacerdotales:

“Eran aquellos los años difíciles de la recién nacida II República española. Años durísimos en lo social político, y no digamos en lo religioso: huelgas revolucionarias, progresivo y alarmante paro obrero, sectarismo político, quema de conventos e Iglesias, retirada de los crucifijos de las escuelas públicas, expulsión de órdenes religiosas, clausura de centros. El Obispado no se atrevió a pedirme que aceptara la propuesta del presidente del Patronato,

propietario de las escuelas, porque suponía que me sería muy duro tener que vivir en aquel barrio. En consecuencia, lo dejó a mi personal decisión.

“Tampoco faltó su tragedia final. Con la huelga revolucionaria de octubre del 34, las cosas se pusieron muy mal. Día y noche era incesante el tiroteo de los “pacos”, me obligaron a cerrar las clases que luego apedrearon. Me cortaron el teléfono y vigilaban quien entraba en mi casa. Los vecinos se retraían temiendo ser vistos. Enterado el Obispado, envió un coche de policía y tuve que salir del barrio medio escondido”

El libro *Camino y testimonio* de las Hermandades de Trabajo comenta muy acertadamente:

Aquella experiencia en el barrio de Entrevías le marcó para toda su vida. Aquel ambiente era de clases proletarias, pobres, con muy escasa cultura y pocos medios económicos todavía. Pero sobre todo era profundamente antirreligioso, de odio a Cristo y ¿Por qué razón?, Se preguntaba. ¿No es Cristo el amigo de los pobres, los humildes, los desheredados? ¿No fue también un trabajador como ellos? Era evidente que no le conocían. Era preciso, urgentísimo, evangelizar a aquellos hombres y mujeres (14).

La experiencia de la inmigración, la familia, sus orígenes, la excesiva crispación de la sociedad española, y el enfrentamiento directo con una profunda pobreza material, cultural y espiritual, herencia de muchos españoles de esos tiempos, ayudaron al sacerdote a discernir su futuro camino, como él mismo dijo en sus Bodas de oro sacerdotales:

“Acaso os preguntéis qué puedo yo haber pretendido al presentaros esta visión panorámica de nuestra historia. ¿Apropiarme los éxitos? ¿Ensalzar una gestión? Nada de eso. No soy tan pueril como para caer en la vanidad... Dios me puso, eso sí, todo su amor y su poder a favor de los

pobres y yo me limité a confiar contra toda esperanza... Sólo he pretendido descubrirlos la mano de Dios...”

Terminada la Guerra Civil en 1939, el país estaba deshecho, dividido, exhausto, lleno de contradicciones institucionales, con miedo, y sediento de un resurgir moral y espiritual. Don Abundio volvió a sus clases en el seminario, dedicándose a la vez a la dirección espiritual, la confesión, a dirigir tandas de ejercicios espirituales y colaborar en las actividades de una entonces renovada y pujante Acción Católica. El joven sacerdote seguía observando con agudeza el panorama de su país, e iba profundizando cada vez más en sus inquietudes por los más marginados de la posguerra, especialmente por el mundo laboral de los obreros y trabajadores.

En 1943 forma parte del Consejo Superior de los Jóvenes de Acción Católica, como Viceconsiliario para el Secretariado de Apostolado Obrero. En 1944 el obispo auxiliar de Madrid, don Casimiro Morcillo, le informó que había sido nombrado Asesor Provincial de Sindicatos de Madrid.

Alberto Linés, en su excelente biografía de Don Abundio (*Abundio García Román, Una vida para el mundo del Trabajo*) nos describe este momento clave con las mismas palabras de don Abundio:

“Por teléfono me comunicó don Casimiro Morcillo de parte del señor Patriarca, a Villa San Pablo (Carabanchel), mi nombramiento de Asesor Provincial de Sindicatos. Yo me encontraba allí dirigiendo unos ejercicios espirituales. Mi respuesta telefónica fue de sorpresa y disculpas. Objeté: ‘No tengo aprobada la Sociología’. Me replicó expeditivo don Casimiro: ‘Te matriculas en la Escuela Social Oficial’. Y así lo hice. Cursé mis tres años correspondientes”. (49).

Es importante recordar que en estos años del panorama histórico español existía un único Sindicato Vertical permitido por

el Régimen oficial que no toleraba fácilmente desviaciones de su Ley de unidad sindical. A partir de su actividad pastoral en el mundo laboral, surgieron dificultades, serios disgustos, acusaciones y descalificaciones.

En esta nueva fase de su labor sacerdotal y a pesar de las críticas, don Abundio seguía multiplicando sus ya numerosos contactos con laicos comprometidos con la justicia social, el mundo del trabajo y la organización sindical.

Uno de los grupos de estos laicos formaba parte de Acción Católica, y debatía en esos momentos la formación de la Confederación de Trabajadores Cristianos. De hecho, don Abundio daba los Ejercicios Espirituales en 1944 precisamente a unos dirigentes de este grupo cuando el Obispo Morcillo le comunicó su nombramiento como Asesor Provincial de Sindicatos de Madrid.

Hubo una gran oposición a la C.T.C., lo que explica su rápida supresión. El borrador de los Estatutos elaborados por sus dirigentes explica claramente como el nuevo movimiento, guiado tanto espiritual como intelectualmente, por lo menos en parte, por el joven sacerdote Abundio, no se encuadraba dentro de las directrices del Régimen:

“1)...Nuestra organización tiene formas vitales imprescindibles, especialmente fusión de hombres y jóvenes; temple juvenil de nuestra generación en el mando y en las orientaciones de la obra; y presencia activa y efficacísima, de avanzada, en la lucha de los trabajadores por la defensa de sus intereses, y su elevación como clase; características todas que desbordan el plano normal de Acción Católica...”

“3)...el mundo está harto de grandes figuras y construcciones cerebrales e indiscutibles. Lo que hoy se necesitan son torrentes de gracia, Cristos humildes, llenos de caridad y de Vida eterna, que puedan curar las heridas de tantos corazones enfermos. Y para esto suele escoger el

Señor a los idiotas según el mundo, para confundir a los grandes". (Archivo de la Fundación Abundio García Román, documento sin clasificar).

Sobresalen en este borrador los fundamentos cristianos, sociales y políticos de un movimiento que no sobrevivió a su época. El texto sugiere también una cantidad de los futuros elementos, pero ciertamente suavizados, que encontraremos más tarde en las Hermandades del Trabajo, dentro de cuyas filas se integraron muchos de los dirigentes de la fallida C.T.C. Y llama la atención la presencia de don Abundio en este grupo de jóvenes cristianos comprometidos en la lucha de los trabajadores.

Sin embargo, Abundio García Román jamás optó por la lucha de clases como doctrina social ni escogió una ideología política como determinante. Siempre animaba a los cristianos comprometidos a militar política y socialmente según su conciencia y las directrices de la Doctrina social de la Iglesia.

Con su nombramiento en 1944 a ser Asesor Provincial de Sindicatos de Madrid, la apertura y capacidad de diálogo de don Abundio fueron las bases de su acercamiento e inserción en el mundo del trabajo de la España de su día. Su capacidad creciente de escuchar los signos de su tiempo, forjó aún más su sensibilidad humana, lo preparó para sus obras apostólicas del futuro, y reforzó su aguante para los conflictos venideros tanto dentro como fuera de la Iglesia y siempre con el apoyo de la Jerarquía.

"Siguió la oposición, pero ya en línea de intriga maniobrera. En la Primera Asamblea Nacional de Asesores Eclesiásticos..., una vez leída mi memoria de actividades provinciales, se alzó una voz pidiendo un voto de censura contra el Asesor de Madrid por sus tareas contrarias al espíritu sindical del Movimiento. Todos los Asesores Provinciales se unieron a este voto de censura menos los de

Toledo y Barcelona. Lo comuniqué al señor Patriarca presentándole mi dimisión que no quiso aceptar”.

“Tan dolorido y fracasado me encontraba después de esta repulsa general de la Asamblea de los sacerdotes asesores que llegué a manifestar al señor Patriarca si acaso contra mi voluntad pudiera yo estarle engañando, defendiendo algo inconveniente y absurdo. Me tranquilizó poniéndose totalmente a mi lado y afirmándome que quien está con su Obispo está con Dios” (Linés, 51-52).

Abundio García Román había entrado de lleno en la lucha por el mundo del trabajo, sembrando así en sus ideas una visión social cristiana futurista basada en la Doctrina Social de la Iglesia y su propio instinto apostólico y social de la época. Su visión del futuro se perfilaba con gran claridad y con especial urgencia en los años 40 dada la situación crítica de pobreza en una España dividida, y todavía fuertemente católica.

En 1947 tuvo lugar una huelga masiva en Vizcaya, la primera después de la guerra, señal de que las tensiones dentro del Régimen iban provocando cambios. El mismo año, don Abundio, con aprobación de la Iglesia, y con un grupo de laicos, fundó las Hermandades del Trabajo que hoy en día siguen identificándose de esta manera:

“Somos grupos de trabajadores, creyentes en Cristo, de toda edad, profesión y situación laboral, que, conscientes de las posibilidades que nos proporciona el asociarnos en esta obra apostólico-social, tratamos de vivir solidariamente la fraternidad universal, luchando con otros muchos por los derechos de los trabajadores” (página web de las Hermandades del Trabajo, www.planalfa.es/hermandades/quien.html).

Las obras apostólicas de don Abundio eran sumamente variadas. Además de su constante actividad sacerdotal, fue director de un colegio situado en la barriada de Entrevías de las afueras de Madrid; durante quince años impartió clases de

Literatura y Latín como profesor en el Seminario; dio continuamente ejercicios y pláticas espirituales; actuó como Viceconsiliario en el Secretariado de Apostolado Obrero de Acción Católica, y, a partir de 1944, ejerció como Asesor Provincial de Sindicatos en la capital de España.

Sin embargo, a partir de la Fundación de las Hermandades del Trabajo en 1947 "...sólo las Hermandades, lo demás a un lado," frase suya que resume el resto de su biografía hasta su muerte en 1989. La Fundación Abundio García Román resume esta intensa actividad:

"... Llevado de su inquietud por los problemas de entonces de la clase trabajadora, en 1947 crea las Hermandades del Trabajo, organización de inspiración cristiana de trabajadores, con el fin de lograr la promoción de su clase y ser autores de dicha promoción. Despierta grandes suspicacias y tiene problemas serios con la entonces Organización Sindical.

"Con grandes dificultades y sin subvenciones crea en los años 50 diversas obras sociales: comedores sociales, escuelas nocturnas, una residencia ultra económica en Madrid, centros de formación profesional, una residencia en El Espinar para vacaciones, algo desconocido para la mayoría en el mundo obrero, una cooperativa de crédito y el Polideportivo de San Miguel, cerca del Puente de Toledo..."

"Al final de los años cincuenta las Hermandades del Trabajo se extendieron a numerosos puntos de España y seguidamente a América, desarrollando gran actividad en la promoción de la clase trabajadora.

"Sobre todo en los años de duro ajuste económico se esforzó por la mitigación del desempleo, agotando la posibilidad de cursos de formación profesional masculinos y femeninos para oficios de mayor demanda y creó, incluso, la 'despensa del parado'.

“En los años de la transición, rechazó tentadoras ofertas para involucrar a las Hermandades del Trabajo en determinadas organizaciones políticas. Posteriormente, con los medios a su alcance combatió el paro, alentó el protagonismo de la clase trabajadora en la política del país, así como la pluralidad de los afiliados a Hermandades en su compromiso político.

“Tras de haber vivido muy modestamente, murió el 30 de noviembre de 1989. En su memoria se creó en 1990 la Fundación Abundio García Román”.

Era un sacerdote sumamente fiel a la Iglesia. Por otro lado el Concilio Vaticano II (1962-1965) tuvo una gran influencia intelectual y espiritual sobre él y le confirmó teológicamente en la visión que había ido desarrollando durante años:

“Por ser este el primer Consejo Nacional que celebramos después de la clausura del Concilio, nos urge hacer un acto de fe en sus palabras y de sumisión a sus orientaciones.

“Para el Movimiento de las Hermandades del Trabajo, como Movimiento Apostólico y Social, nos aporta el Concilio muchas y bellísimas lecciones. De entre todas hay tres grandes ideas que debemos erigir como símbolo y recapitulación de nuestra mentalidad apostólica:

- 1. La responsabilidad apostólica de los seglares.*
- 2. La instauración en Cristo de las estructuras como objetivo inmediato del apostolado de los laicos.*
- 3. Una línea más definida de jerarquismo para todas las obras de la Iglesia”. (Hermandades del Trabajo, “Mensaje del Delegado Nacional Eclesiástico al X Consejo Nacional”, BOLETÍN DE MILITANTES Nº 20, marzo-abril 1966, 21).*

Su espíritu misionero llevó a don Abundio a casi todos los rincones de España y a muchos países de Ibero América,

impresionantes hazañas que jalonan una vida dedicada al mundo del trabajo.

La última participación de don Abundio en una actividad de las Hermandades fue durante el II Encuentro Hispanoamericano de las Hermandades del Trabajo en Madrid en octubre de 1989. Hacia el final del Encuentro enfermó, retirándose a su piso de Eloy Gonzalo hasta su hospitalización en la Clínica Rúber donde falleció el 30 de noviembre del mismo año.

El cardenal Arzobispo de Madrid, Antonio María Rouco Varela, señaló en 1990 en la apertura de la fase diocesana del Proceso de beatificación que:

“Este sacerdote diocesano vivió su vocación con un dinamismo apostólico que rememora el de los Doce. Asesor eclesialístico de los sindicatos e inmerso en los problemas del mundo del trabajo, vivió allí la esperanza de la salvación, en los años en los que la cuestión obrera llegó a su punto álgido. A través del momento en el que le tocó vivir llevó allí la señal de la cruz y la esperanza” (“Iglesia en Madrid”, julio 2000, número 222/20).

El 10 de diciembre del 2006 el mismo cardenal Rouco cerró la fase diocesana en el seminario de Madrid y envió la Causa a Roma. A partir del 14 del mismo mes comenzó la celebración del Centenario del nacimiento del Siervo de Dios Abundio García Román.

1º de Mayo → 2007



Rafael de Riego, 16 – 3º Izda. – 28045 Madrid
Telf.: 915 276 661 / Fax: 915 309 485
E-mail: dpobrerama@wanadoo.es
<http://www.archimadrid.es/depot>